
Freud y la censura a dos voces

Patricia Garrido Elizalde

II

... mi retorno a la Edad Media, ... acepta identificar algo en el debate que desde Freud ha tomado un giro nuevo sobre un tema fundamental de la institución: la censura.

La censura, es decir, los medios eficaces de enterrar el conflicto, según las exigencias lógicas de un doble juego en el que se cumple la función vital de enmascarar la verdad.

P. LEGENDRE, *El amor del censor*¹

Para abordar la censura² en el texto de Freud es necesario bordear alrededor de un pensamiento que ya se gestaba en sus confidencias a Wilhelm Fliess. En ellas, Freud comienza a aportar su concepción del funcionamiento del inconsciente.

Freud, formado en las disciplinas neurológicas, anatómo-fisiológicas y clínicas, no se contentó con el esquema que en esa época ofrecía la fisiología positivista: una arquitectura de reflejos. Y es precisamente en el *Proyecto de psicología*³ (1950 [1895]), anterior a *La interpretación de los sueños* (1900), en el que nos enteramos de cómo Freud se repre-

¹ Legendre, P., *El amor del censor. Ensayo sobre el orden dogmático*, Anagrama, Barcelona, 1979, p. 17.

² Famoso vocablo tomado de los romanos por el derecho canónico a partir de la Edad Media para catalogar el baratillo de las excomuniones, prohibiciones y suspensiones, del que los comentaristas han retenido principalmente esto: que la censura es una pena, pero para curar el alma; una pena medicinal. Lo censurado es el sujeto que entra en falta, según formas definidas, y metódicamente clasificadas como tales. Célebre definición del papa Inocencio III (uno de los más grandes doctrinarios de la teocracia occidental); texto recogido por los Decretales de Gregorio IX, libro 5, título 40 ("De la significación de las palabras"), capítulo 20. Extraído de Pierre Legendre, *op. cit.*, p. 39.

³ Para todas las referencias a los textos de S. Freud, remito al lector a S. Freud, *Obras completas*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976.

sentaba el aparato psíquico. En este esquema, se puede ya aprehender lo que Freud anunciaba para el futuro, ya que no lo abandonó, sino que lo elaboró después en su teoría del sueño, introduciéndonos en lo que es precisamente el campo del psicoanálisis.

Se trata de un pensamiento que evoluciona en cuatro etapas demarcadas con la aparición de cuatro textos clave:

1. *El proyecto de psicología* (1895)
2. *La interpretación de los sueños* (1900)
3. *Introducción al narcisismo* (1914)
4. *Más allá del principio del placer* (1920)

Pero es en el pasaje del esquema del *Proyecto* al del sueño donde Freud cambia de sentido. Sin marcar la diferencia, y aun conservando la misma ordenación general, introduce en sus categorías dimensiones nuevas y, en particular, cierta dimensión lógica.

Dice Lacan⁴ que aunque este esquema sea susceptible de encarnarse en un modelo mecánico, hemos pasado a un modelo lógico. Y que “No es cierto, como pretende hacernos creer Kris, que Freud haya pasado del pensamiento mecanicista al pensamiento psicológico, grosera oposición que nada significa.”

El primer esquema, el del *Proyecto*, intentaba representar un aparato que después procuraba hacer funcionar. Era un aparato que estaba en alguna parte, en los órganos de percepción, en el cerebro y en el subcerebro, funcionando como una especie de ganglio autónomo, pautando la pulsación entre las pulsiones internas del organismo y las manifestaciones de búsqueda en el exterior: se trata de la economía instintiva del ser vivo en pos de aquello que necesita.

En el segundo esquema ya no se trata del aparato, sino que está vinculado con algo mucho más inmaterial. Freud lo dice: las cosas de las que va a hablar no hay que localizarlas en algún lugar. Así, con su primera aproximación, puso punto final a sus trabajos de neurólogo. En la segunda, la de *La interpretación de los sueños*, no presenta únicamente la teoría del sueño, sino que corresponde también a su avance por el terreno particular de las neurosis y lo que llegará a ser el campo propio del análisis —experiencia singular que se da en el ejercicio de la palabra.

⁴ J. Lacan, “Juegos de escrituras”, en *El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*, Ed. Paidós, Barcelona, 1983, p. 174.

Se trata del sueño, pero también como trasfondo del síntoma neurótico, cuya estructuración resulta ser la misma. Ambos ponen en juego la estructura del lenguaje en general y, en particular, la relación del ser humano con el lenguaje. El descubrimiento del inconsciente, que en su momento histórico se muestra en su plena dimensión, el encuentro inaugural Freud-Fliess, encuentro de palabras. "Consiste en que el alcance del sentido desborda infinitamente los signos manipulados por el individuo."⁵ El ser humano produce mucho más signos de los que cree. El hombre, más específicamente su ser, es un ser de lenguaje.

Veamos cómo Freud presenta a su auditorio en las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* en 1916-1917, el concepto psicoanalítico por excelencia, el inconsciente. En éstas, sorprende que llame más la atención sobre los fenómenos de palabra que sobre las cuestiones del sexo; no lo hace sin más hablando de la represión de la sexualidad, sino que trata de mostrar las lagunas del discurso inconsciente. Los temas que elige aparecen en el siguiente orden: en primer lugar se refiere a los actos fallidos, en segundo trata de abordar los sueños y finalmente, la teoría sexual y la de las neurosis. Ahora bien, si elige este orden para recorrer de un cabo al otro su pensamiento, se llega a la conclusión de que, si se parte de los fenómenos de lenguaje (equívocos, lapsus, olvidos, chistes) para después plantear lo relacionado con la represión y la sexualidad, es porque hay una estrecha relación entre lo uno y lo otro.

Los olvidos, los lapsus, los actos fallidos, obedecen a la necesidad de ocultar un deseo y es por este rodeo del deseo que las fallas de la palabra se relacionan con la sexualidad.

Freud nos enseña que con la palabra el sujeto puede decir lo que casualmente no quiere en absoluto decir. Y eso que en el decir del sujeto queda dicho sin que el sujeto quiera abre el campo de la relación del sujeto con el deseo.

Los lapsus, los equívocos verbales, los olvidos de las palabras, son cortocircuitos del discurso por donde se filtra el deseo inconsciente. En 1905, Freud llega incluso a mostrar que el chiste es modelo porque la operación que subyace a ese efecto de un relato (efecto de sentido) que nos hace reír, es la misma operación que subyace a toda formación del inconsciente. La palabra permanece, su sentido se desliza.

⁵ J. Lacan, "Del Entwurf a la Traumdeutung", *op. cit.*, p. 188.

Intentemos aprehender la función del sueño en tanto inconsciente, en tanto que es contado o narrable; en todo caso, que es “hablante”, incluso cuando no se relata; sin escapar a las leyes de la palabra y en tanto lugar privilegiado por Freud para marcar claramente la función de la censura.

La historia de las culturas y la extensa bibliografía que Freud cita en las primeras ediciones del texto sobre los sueños, nos muestra que el interés por su interpretación no era nuevo. Los filósofos de la antigüedad se formaban un juicio sobre ellos que no era independiente de la posición que estaban dispuestos a conceder a la mántica en general.

La práctica de interpretar los sueños está contenida en la antigüedad tardía en una minuciosa obra (*Oneirocrítica*) cuyo autor fue considerado la máxima autoridad, Artemidoro Daldiano. Hay un rico e interesante material sobre el tema en todas las épocas, pero poco o nada acierta con la naturaleza del sueño: corrientes de pensamiento que lo vinculan con el ocultismo; presagio del porvenir; revelador de enigmas descifrados a través de un catálogo de simbolismos, un código de correspondencia unívoca, el viejo anhelo del diccionario de los sueños. No obstante, estas concepciones —a las que el propio Freud calificó de precientíficas— no fueron más que una extensa plataforma a la que Freud da un giro fundamental:

1. El sueño es una realización de deseo.
2. Una de las dimensiones del deseo del sueño es hacer pasar una cierta palabra.

“Demostraré, que existe una técnica psicológica que permite interpretar sueños, y que, si se aplica este procedimiento, todo sueño aparece como un producto psíquico provisto de sentido al que cabe asignar un punto determinado dentro del ajetreo anímico de la vigilia”.⁶

Freud comienza mostrando que el sueño es en efecto una realización de deseos, pero le basta con poner de manifiesto que se trata de hacer pasar una cierta palabra para ratificar su teoría.

Es decir, sólo queda satisfecho, reencuentra un camino y estima que nos ha demostrado lo que nos quería demostrar, cuando expone que el deseo principal de un sueño es hacer pasar un mensaje.

⁶ S. Freud, “La bibliografía científica sobre los problemas del sueño”, en *La interpretación de los sueños*, Amorrortu Editores, t. IV, Buenos Aires, 1979, p. 29.

Freud gusta citar el más bello ejemplo de interpretación de los sueños que nos ha llegado de la antigüedad y se basa en retruécanos y un juego de palabras.

“Paréceme, empero, que también Aristandro dio a Alejandro de Macedonia una feliz interpretación cuando éste, habiendo rodeado y puesto sitio a Tiro (Τύπος) y sintiéndose disgustado y decepcionado por el tiempo que duraba, soñó que veía un Sátiro (σάτυρος) danzar sobre su escudo; Aristandro se encontraba casualmente, próximo a Tiro, en el séquito del monarca que guerreaba en Siria. Descomponiendo la palabra “sátiro” en σά ψ Τύπος, hizo que el rey redoblara su empeño de sitiar la ciudad y adueñarse de ella.”⁷ Expresión griega σά Τύπος = Tuya es Tiro.

A Freud no le interesan todos los elementos que componen el sueño, sino sólo el elemento semántico, la transmisión de un sentido, una palabra articulada, eso que él llama pensamientos del sueño.

Entonces, lo importante no es el sueño en sí (es decir, las imágenes), sino lo que el sueño quiere decir (o sea, el texto), lo que quiere decir a alguien.

Ahora bien, si pensamos que se trata de la transmisión de un mensaje, éste aparece en el sueño como discurso interrumpido y que insiste ¿Interrumpido por quién? Por obra de la censura. Freud dice: “Resumamos los principales resultados que nuestra investigación nos procuró hasta aquí. El sueño es un acto psíquico de pleno derecho; su fuerza impulsora es, en todos los casos, un deseo por cumplir; el que sea irreconocible como deseo, así como sus múltiples extravagancias y absurdos, se deben a la influencia de la censura psíquica que debió soportar en su formación; además del constreñimiento a sustraerse de esta censura, cooperaron en su formación un constreñimiento a la condensación del material psíquico, un miramiento por su figurabilidad en imágenes sensibles y —aunque no como regla— un miramiento por dar una fachada racional e inteligible al producto onírico.”⁸

En el sueño el deseo se realiza (se articula), pero sólo lo hace disfrazándose. Es decir, que entre el deseo y el sueño como realización, median los disfraces. En el sueño, todo queda desfigurado: Los disfraces

⁷ S. Freud, en *Obras completas*, Amorrortu Editores, t. IV, Buenos Aires, 1979, p. 121.

⁸ S. Freud, *op. cit.*; t. V, p. 527.

son efectos de la censura que el deseo tuvo que atravesar. Hay compuertas, pasajes, disfraces, mediación, encubrimiento de otro discurso.

Por lo tanto, hay una estrecha relación entre censura y desfiguración. Si bien se ha destacado que la censura se ejerce respecto a algunos pensamientos del sueño, en el sentido de una sofocación que impone limitaciones y supresiones a su contenido,⁹ hay que agregar que la censura, por otro lado, participa en la formación de dichos pensamientos, pues también es la causante de inserciones y de añadidos, que crea un campo de relaciones de simbolización y, por su existencia misma, pone límites al goce.

El concepto de censura conservó su lugar decisivo dentro de la doctrina freudiana, no sin adquirir otros matices y un peso creciente a medida que Freud avanza en sus reflexiones. En 1914, en *Introducción al narcisismo*, Freud denomina a la censura conciencia moral, y le atribuye el papel del censor del sueño.

Por otra parte, este concepto de censura prefigura el de superyó, aparecido en 1923, en el texto *El yo y el ello*. Instancia de juicio, que encarna una ley y prohíbe su transgresión, función del lenguaje como imperativo. Lacan señala que la censura lleva aparejado el problema del superyó. En tanto que ambos están ligados con la ley, para ser más precisos, ligados con aquello que en el discurso se vincula con la ley, en tanto ésta es incomprendida; "... una de las formas más llamativas del discurso interrumpido es la ley en cuanto incomprendida. Por definición se supone que nadie ignora la ley, pero ella siempre es incomprendida pues nadie la capta en su totalidad".¹⁰

Pero, ¿no es así como hemos abordado la censura con relación a los sueños, es decir, formando parte del carácter interrumpido del discurso? Censura y superyó deben ser situados en el mismo registro de la ley.

Sigamos a Lacan: "La censura es eso, en tanto que para Freud en el origen, se produce a nivel del sueño. El superyó es eso, en la medida en que aterroriza efectivamente al sujeto y construye en él síntomas eficaces, elaborados, vividos, continuados, síntomas que se encargan

⁹ Respecto al esclarecimiento de la dinámica de esta relación, remito al lector al texto anterior.

¹⁰ J. Lacan, "La censura no es la resistencia", en *op. cit.*, p. 196.

de representar el punto en que la ley no es comprendida por el sujeto, pero sí actuada por él.”¹¹ Los síntomas se ocupan de encarnarla como tal, le dan su aire de misterio.

A modo de conclusión citemos un relato: “Conocí a un sujeto cuyo calambre de escritor estaba ligado a algo que su análisis reveló: la ley islámica en la que había sido educado disponía que al ladrón le fuera cortada la mano. Y esto nunca lo pudo tragar. ¿Por qué? Porque a su padre lo habían acusado de ladrón. La niñez del sujeto transcurrió en una especie de profunda suspensión respecto a la ley coránica. Toda su relación con su medio original, el sostén, el orden, los cimientos, las coordenadas fundamentales del mundo quedaron obstruidos, porque había una cosa que él se negaba a comprender: ¿por qué si alguien era ladrón le tenían que cortar la mano? Por esta razón además, y precisamente porque no la comprendía, este sujeto tenía cortada su propia mano.”¹²

La censura se sitúa en esta dimensión, no está ni a nivel del sujeto ni a nivel del individuo, sino a nivel del discurso concreto, en tanto que éste proporciona al hombre su mundo propio, ése que con mayor o menor exactitud llamamos cultural.

¹¹ *Ibid.*, p. 199.

¹² *Ibid.*